

6-339 1
("España", Madrid, 25 setiembre 1919)

Bilbao



FE DE ERRATAS

Por

Miguel de Unamuno

SI fuera a enviar a las publicaciones periódicas en que colaboro fe de las erratas que en mis escritos dejan que se les escapen sería el cuento de nunca acabar. Y descuento aquellas que proceden de no respetar mis grafías heterográficas, de lo que no hago cargo al regente corrector de pruebas. Que él ponga *coger* con g, e *inconsciente* con ese, como la Academia de Maura y compañía prescribe —aunque no *consciencia*, que sería lo consecuente— y no *cojer* e *inconciente*, como escribo siempre, y otras cosas así, pase. Pero a las veces son erratas que alteran el sentido.

¡Erratas fecundas algunas vez! Me parece que es en su libro sobre Averroes donde Ernesto Renan, al explicarnos como el averroísmo nació en gran parte de haberse leído mal y por consiguiente traducido mal al árabe a Aristóteles, nos habla de la fecundidad de ciertas erratas. Hasta herejías han surgido de una errata. Y sin llegar a herejía eso de pintar a la Virgen María pisando la cabeza de la serpiente, verbi gracia, ha nacido de una errata, de una mala traducción, de haber traducido un *el* hebreo por un *ella* latina.

Y, sin embargo, ese mismo Renan se revolvía contra aquel gran señor que fué el conde de Maistre porque éste sostenía que para sentir las bellezas de la Vulgata lo mejor es no saber hebreo. Y el gran integrista

ultramontano tenía razón. El «Cantar de los Cantares» que recomendaron nuestros místicos ¿qué tiene que ver con aquel *Sir hashiricu* que figura en el canon hebraico, con aquel canto crótico atribuido a Salomón?

Pero descendamos. Porque todo esto no viene sino a que en mi anterior artículo en esta revista, el que dediqué a mi Villa de Bilbao, aparte de alguna que otra pequeña errata, me hicieron hablar de cuando en la Plaza Nueva había «novias henchidas de pájaros», siendo así que yo puse *magnolias*. Porque es lo que había: magnolias, unas magníficas magnolias aromosas que embalsamaban en primavera el recinto tranquilo de la plaza y en las que bandadas de pajarillos gorjeaban en derredor a aquel estanque en que vomitaban agua unas férreas ranas estáticas. Eran magnolias; no sé también si las novias que se paseaban por la Plaza Nueva, vueltas en contrario de los novios y para verse de cara dos veces a cada vuelta, tendrían la cabeza henchida de pájaros. Los novios sí, lo aseguro. Puedo asegurarlo.

En una noche, alevosamente, a oscuras, sin testigos, fueron taladas aquellas magnolias. ¡Dijeron que a los vecinos de la plaza les molestaba el gorjeo de la pajarada! No sé si les molestaría también el perfume de las magnolias. Por mi parte, ¡cuántas veces me puse a leer en la «Sociedad Bil-



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOX USAL ES



baína», hacia la parte de la plaza, al arrullo de aquel gorjeo gorrionesco! Y lejos de ayuntarme las ideas me las incubaba mejor. ¡Magnolias de la Plaza Nueva de mi Bilbao, de mi Plaza Nueva de Bilbao, magnolias henchidas de pájaros, como os recordamos los que buscamos nuestras novias, luego nuestras mujeres, oliendo el perfume de vuestras grandes flores, como albos copones de plata y oyendo el gorjeo de vuestra pararrayada bulliciosa!

A S. M. el Rey le hicieron también soltar una errata los que le apuntaron el discurso que pronunció en la inauguración del Congreso de las Ciencias en Bilbao. Le hicieron decir de Bilbao la «noble y heroica ciudad». Y no, no es así, no es eso. La invicta y noble Villa, no la noble y heroica ciudad. Villa, villa, villa, y no ciudad; villa como Madrid, la Villa y Corte, y no ciudad. Villa y basta. ¿O es que aquella denominación del discurso regio es un anticipo de una merced... litúrgica? Haría mal en aceptarla Bilbao; haría mal la vieja y noble, nobilísima villa en imitar la grotesca vanidad de algunos de sus hijos que se han vendido por un condesado, un marquesado, una gran cruz u otra inútil bagatela aristocrática por el estilo. Bilbao, la Villa, es noble, no aristócrata. Los aristócratas, y no por eso nobles, son los condesitos y marquesitos de nuevo cuño. Bilbao es villa de nobles burgueses, y no ciudad de aristócratas de papel de estraza; villa noble de mercaderes, no ciudad aristócrata de condes y marqueses deportivos y cortesanos.

No, no debe admitir Bilbao ese título, y no más que título, de ciudad. Sin él puede ser civil, muy civil, ciudadana, muy ciudadana. No sea que luego si no se rinde, si vuelve a elegir para representante suyo en Cortes a un republicano o a un socialista, haya quien exclame por vía de reproche: «¡Después que le hice ciudad!»

Porque esto se ha dado ya. Dícese que a una negativa de mis paisanos a contribuir a no sé que arriesgada y mal planeada empresa no faltó quien dijo: «¡Después que ha hecho allí tantos condes y marqueses!». Y cuando se dan estos inútiles y puramente nominales honores para esquivar a las veces la justicia efectiva y real o para escatimarla es innoble aceptar tales supuestas — y no más que supuestas — mercedes.

¿Ciudad aristocrática y cortesana? No, mi noble villa, mi villa invicta. Villa invicta, no te dejes vencer por triunfos de papel. De papel secante.

